

PENÍNSULA

Qatar. La perla del Golfo

Ignacio Álvarez-Ossorio
Ignacio Gutiérrez de Terán

Qatar. La perla del Golfo

Ignacio Álvarez-Ossorio

Ignacio Gutiérrez de Terán

© Ignacio Álvarez-Ossorio Alvariño, 2022
© Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita, 2022

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 15.122-2022
ISBN: 978-84-1100-110-6



ÍNDICE

Mapas	8
Árbol genealógico de la dinastía Al Thani	10
Prólogo	11
1. Érase una vez Qatar	21
2. Qatar: un Estado ha nacido	57
3. El emir Hamad y la proyección regional de Qatar	93
4. De la Primavera Árabe al bloqueo regional	137
5. La Copa Mundial de Fútbol y sus polémicas	173
Glosario	217
Bibliografía	227

ÉRASE UNA VEZ QATAR

QATAR, LA PENÍNSULA RECÓNDITA DE ARABIA

La península de Qatar conforma un reducido territorio de 11.521 kilómetros cuadrados, unos pocos más que la Región de Murcia, bañada por las aguas del golfo llamado Árábigo por los árabes y Pérsico por los iraníes. Durante muchos siglos formó parte de los diferentes imperios y reinos que se sucedieron en la península arábica y fue poblada por tribus nómadas que deambulaban por la zona en busca de pastos para sus rebaños o que, sedentarizadas, se establecieron en las ciudades costeras para vivir del comercio, la pesca o la industria de las perlas. Sin apenas vegetación ni recursos acuíferos, su principal atractivo residía en el privilegiado enclave que ocupaba frente a la ribera septentrional del golfo Árábigo y su centralidad en la ruta marítima hacia el mar de Omán.

Pese a su actual aspecto desértico, se supone que, hace milenios, la península era fértil, con ríos e incluso pequeñas balsas de agua dulce diseminadas por diversos lugares. Eso es lo que parece deducirse de los fósiles y restos hallados por una expedición arqueológica danesa desarrollada en 1956

en las regiones nororientales del país. Algunos filólogos árabes llegaron a atribuir el término *qatar* a la acepción de ‘gota de agua dulce’. Esta supuesta fertilidad dataría de un tiempo demasiado remoto, ya que las primeras referencias históricas de las que disponemos nos dibujan ya una llanura desértica abundante en radas y ensenadas marítimas.

Esta no es más que una de las hipótesis barajadas para explicar el origen del topónimo, aunque quizás la más sólida es la que remite el nombre del país a *Katara*, palabra acuñada bien por los cananeos, quienes colonizaron la zona hacia el tercer milenio antes de nuestra era, bien por los fenicios, un pueblo también semita que hizo acto de presencia no mucho después y a quienes las malas lenguas atribuyen la afición de algunos de sus descendientes árabes por la piratería. El geógrafo griego Ptolomeo ya la cita con dicho nombre hacia el año 150 de nuestra era. Sea como fuere, la historiografía oficial qatarí ha asumido el término *Katara* hasta el punto de que uno de los reclamos turísticos de la capital lleva como nombre Villa Cultural de Katara, un vasto recinto de los llamados multiusos que incluye museos, galerías de arte, un planetario, una mezquita y hasta un anfiteatro de estilo griego.

En la «época de la ignorancia» (conocida en árabe como *yabiliyya*) que precedió la llegada del islam, la Qatar actual estaba englobada en la región de Bahrein que, además de la isla que conforma el actual reino, incluía parte de las regiones orientales de lo que hoy es Arabia Saudí y los lindes del golfo de Basora en Iraq. Por ello, no suele aparecer en los textos árabes clásicos como una entidad autónoma. De los primeros tiempos del islam, a principios del siglo VII, nos han llegado referencias a una tela llamada *qatarí*, de colores muy vivos,

que el profeta Mahoma, su esposa Aisha y Omar bin Al Jattab, el segundo califa ortodoxo, vestían con delectación a decir de las fuentes árabes.

En los periodos posteriores, ya fuera en los imperios omeya, abasí u otomano, la diminuta península quedó sumida en divisiones administrativas, regidas por ciudades, distritos y regiones de mucho mayor tamaño. No sería hasta las postrimerías del siglo XIX cuando alcanzaría un notable grado de independencia bajo el liderazgo de la familia de los Al Thani, que en 1868 firmó un acuerdo con Gran Bretaña para que reconociese su autonomía a cambio de ventajas comerciales. Este sería el embrión del emirato de Qatar, que obtendría su independencia en 1971. Pocas personas habrían sido capaces de imaginar entonces la fabulosa transformación que convertiría un árido territorio con apenas unos miles de habitantes en uno de los Estados más dinámicos e influyentes de este siglo.

LOS SERVIDORES DE LA PERLA

No muy lejos del complejo cultural y económico de la Villa Cultural de Katara se encuentra otro de los símbolos de la glamurosa Doha, la capital del emirato. Hablamos de la isla artificial de La Perla, bautizada por los folletos turísticos como la Riviera Árabe, con sus mastodónticas torres de pisos de lujo, su puerto deportivo, donde las principales fortunas del país anclan sus suntuosos yates, y sus preciados restaurantes, donde se pueden degustar deliciosos manjares si se dispone de los recursos suficientes. Eso sí, sin bebidas alcohólicas, únicamente

accesibles al consumo *in situ* en los hoteles de cinco estrellas y bares de alta gama.

En el abigarrado centro histórico de Doha, en pleno paseo marítimo y muy cerca del zoco Waqif, se encuentra la gran fuente monumento de La Perla (*Lu'lu'* en árabe), una enorme concha, propia del tan extendido estilo *kitsch* del Golfo, con una esfera redonda blanca en el centro, que representa un homenaje al preciado tesoro que constituyó durante siglos la principal fuente de sustento de los habitantes de la bahía. Se halla, precisamente, en la rada donde anclaban los *dhow*s, barcos artesanales de madera de uno o dos mástiles con capacidad para entre dieciséis y veinte tripulantes.

Se trata, una vez más, de conciliar la tradición de las embarcaciones con la modernidad de los rascacielos que componen el conocido *skyline* de Doha, en el marco de una política del Estado destinada a mantener viva la memoria de su historia y de las tradiciones antes de que terminen devoradas por la vorágine de la vertiginosa modernización y el febril consumismo. En esta misma línea, cada primavera se celebra el Qatar Marine Festival, en el que se recrean los días de gloria de los buscadores de perlas, con exhibiciones y charlas didácticas sobre el modo de vida de los pescadores y las técnicas que utilizaban en su labor.

Del mismo modo, se intenta mantener la tradición del arte marino (*al-fann al-babri* en árabe) y las canciones típicas de las estaciones de buceo que los marineros componían durante sus travesías por el Golfo, con acompañamiento de tambores, panderos y, en ocasiones, una especie de jarras de porcelana. Las composiciones, que suelen cantarse a coro con el concurso de palmas rítmicas, se llaman *nabma* y, una vez más, las autoridades han tratado de mantener viva la

tradición mediante un festival regional de música que se celebra desde 2016. Este tipo de composiciones ha de considerarse la expresión musical genuina del Golfo, y ha dado lugar a los ritmos y las melodías tan características de la región hoy en día. Toda efeméride y celebración en honor de esta industria nunca estará de más si se toma en consideración el hecho de que la perla fue la principal fuente de riqueza de Qatar y la razón primordial para que siempre mantuviera un núcleo de población estable en sus costas. Es lógico, pues, que Muhammad Al Thani, el primer gobernador autónomo de Qatar, le contara a William Palgrave, un visitante británico, en 1867: «Aquí, del primero al último, somos todos siervos de la perla».

Los orígenes de esta actividad se remontan a muchos siglos atrás. En el Corán ya se menciona la extracción de la perla y del coral como actividad productiva, tal y como se afirma en la sura 55 del Clemente: «Y salen de ambos [mares, donde confluyen el agua salada y la dulce] perlas y corales», en una alusión que algunos exegetas sostienen que remite a la desembocadura del Éufrates en el golfo de Basora. No muy lejos, en definitiva, de la susodicha región de Bahreín, a la cual pertenecía nuestra pequeña península. *Bahreín* significa, literalmente, ‘los dos mares’. En el siglo XII la actividad debía de estar extendida por buena parte de la ribera nororiental de Arabia, a tenor de lo que cuenta el geógrafo Hamawi en su célebre obra *Mu‘yam al-buldan* [Repertorio de países]. Los naturales de Qatar se dedicaban primordialmente a este oficio; en segundo lugar, a la pesca y, en tercer lugar, a la ganadería de camellos, en busca de pastos repartidos por unos pocos oasis y pozos, en un territorio eminentemente árido, con escasas áreas de cultivo.

Sus costas eran especialmente apetecidas por su amplitud y la facilidad de acceso a sus acogedores puertos, en los que recalaba asimismo una flota pesquera de cierta entidad. También estaban las facilidades concedidas a los barcos de mercaderes que venían a comprar las perlas del Golfo, las más cotizadas en los mercados internacionales. Especialmente solicitadas eran las que se recogían en el entorno de la isla de Halul, a poco menos de cien kilómetros al noroeste de Doha, y en la de Jarg, ya en aguas de Irán. Quentin Morton, en su *Masters of the Pearl*, relata que un ejemplar excepcional, hallado por buceadores qataríes en Shayj Shuaib, otra isla iraní, fue subastada en 1896 en París por ocho mil libras esterlinas, más de un millón de euros al cambio de hoy. El diplomático e historiador británico J. G. Lorimer, que recaló en la península arábiga varios lustros más tarde y dejó escritas minuciosas descripciones sobre las tribus árabes y sus costumbres, señala que la mitad de la población (que él mismo calculó en unas veintisiete mil personas) vivía de esta actividad, lo mismo que en Bahrén y lo que hoy son los Emiratos Árabes Unidos. Según aquel, el inicio del siglo xx deparó el momento de mayor gloria en la historia del comercio de perlas y Qatar conoció una era inusitada de esplendor: el número de habitantes y trabajadores se duplicó en los años veinte, hasta rondar las cincuenta mil almas, la mitad de las cuales se dedicaban a la extracción de perlas.

La época de buceo tenía lugar durante los meses de verano, si bien en algunas ocasiones se adelantaba a abril. El resto del año, especialmente en invierno, las tribus se retiraban al interior, donde se dedicaban al pastoreo o viajaban hacia las regiones colindantes de la península arábiga. En ocasio-

nes, patrones y marineros se embarcaban semanas enteras por las aguas del Golfo, desde Omán a Irán, en busca de esta minúscula bendición marina, operación que exigía en ocasiones la extracción de cientos de conchas y madreperlas hasta dar con una que realmente mereciese la pena. Los buceadores podían llegar a realizar hasta cuarenta zambullidas en una jornada, en aguas con una profundidad de catorce a veinticinco metros, durante cuarenta segundos. Todos estos detalles y más, como los nombres de las innumerables embarcaciones utilizadas en las travesías —algunas, más espaciaosas que los *dhows*, podían transportar a cuarenta marineros—, se detallan a los turistas que se acercan al puerto de Doha y observan con curiosidad los navíos y las pequeñas construcciones que remedan las cabañas en las que vivían los buceadores. Los guías cuentan, a modo de colofón, el declive de este comercio en la región a partir de los años treinta del siglo pasado, cuando las perlas cultivadas en Japón empezaron a inundar los mercados internacionales. A principios de los cuarenta, la población se había reducido a dieciséis mil personas y, tras la Segunda Guerra Mundial, apenas quedaban seis mil trabajadores en Doha. Cuesta imaginar qué habría sido de Qatar y del resto de los emiratos del Golfo si, en un breve lapso de tiempo, no hubiera surgido, como por arte de magia, un nuevo maná, este de un color mucho más oscuro. Y, por supuesto, menos glamuroso.

EL PÁLIDO RECUERDO DEL ESCLAVISMO

La industria de la perla no puede dissociarse del fenómeno de la esclavitud, practicada en la región del Golfo desde

épocas remotas. Las polémicas recientes sobre la deplorable situación de los trabajadores extranjeros que, desde 2010, llevan construyendo los estadios e infraestructuras del Mundial 2022 hicieron aflorar, de nuevo, las acusaciones de neoesclavitud para referirse a la explotación laboral que la mayoría soportaba.

En realidad, la época de florecimiento del tráfico de seres humanos, el siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX, incumbe sobre todo a la entidad más relevante del Golfo en aquel tiempo. Nos referimos al sultanato de Omán, el cual, tras apoderarse de la costa de Zanzíbar en 1698, estableció los fuertes de Pemba y Kilwa como cabeza de puente para sus incursiones en busca de esclavos de las zonas del interior. En total, cada año se venían a capturar unos cincuenta mil, que eran transportados, en su mayor parte, a las colonias europeas en América. Todavía hoy se sigue asimilando la figura del árabe del Golfo a la captura masiva de seres humanos en el África oriental, cuyas poblaciones sufrieron una merma considerable. Es cierto que una parte de los dueños de navíos en la costa oriental de la península arábiga se dedicaban a este lucrativo negocio; ahora bien, no se trataba de una práctica generalizada ni mucho menos.

Sí era, en todo caso, de gran importancia para el mantenimiento de la industria de la perla, pues la mayor parte de las tripulaciones también se nutrían de esclavos o antiguos siervos manumitidos, hasta el punto de que, en los momentos de mayor bonanza, un quinto de los residentes de Qatar había sido traído forzosamente de África o era descendiente de esclavos. Hoy en día resulta habitual ver a ciudadanos de tez oscura vestidos con el *thoub* o túnica

blanca tradicional; están completamente arabizados, pero, frecuentemente, sus apellidos revelan su falta de vinculación con las tribus originarias del país. Por lo general, los esclavos acompañaban a sus dueños, los llamados *najudha* o patronos de los barcos, durante la época de buceo y también cuando se retiraban a las zonas interiores para practicar la trashumancia.

El 28 de agosto de 1833, el Imperio británico promulgó la ley de abolición de la esclavitud, con el objeto de poner fin al tráfico de esclavos en sus colonias. No obstante, se tomó el asunto con cierta parsimonia en los denominados Trucial States o Estados del Tratado, un conjunto de emiratos del Golfo a los que habían puesto, a partir de 1820, bajo su protección a cambio de ventajas comerciales. A pesar de su discurso antiesclavista, la práctica seguía presente en territorios sometidos a los británicos a principios del siglo xx. En sus viajes por la costa africana, el explorador escocés David Livingstone constató la presencia de esclavistas árabes en Zanzíbar y la pervivencia de la práctica de la esclavitud en los zocos del sultanato allá por 1866, aunque una década más tarde sería definitivamente erradicada.

La legislación británica impedía izar la bandera de la Union Jack en aquellos enclaves donde todavía se practicaba la esclavitud. No pusieron, en todo caso, demasiado empeño en aplicar la norma, porque la propia Qatar no desterró definitivamente la esclavitud hasta 1952. Londres solía aducir que, en realidad, nunca tuvo un representante directo en el país (aunque sí lo hubo en la vecina Bahreín) y que, por lo tanto, no tenía capacidad para poner fin a dicha práctica en la península qatarí. Con todo, seguían de cerca el asunto.

En 1928, el *political agent* o agente político en Bahrein escribía en un telegrama a su gobierno que Abdelaziz bin Saud —fundador del actual reino de Arabia Saudí— le había regalado a Abdallah Al Thani, *shayj* o líder tribal (palabra de la que ha derivado nuestro *jeque*), una esclava georgiana valorada en cincuenta mil reales, una cantidad notoria para la época. Según diferentes fuentes, Abdallah nunca se molestó en mantener oculta a su esclava, diestra en el arte de la danza. Décadas más tarde, cuando comenzaron a explotarse de forma organizada los primeros yacimientos de petróleo, algunos patronos transfirieron a sus esclavos, sin trabajo ya en la pesca o la ganadería, a dichos campos petrolíferos. Además, retenían buena parte de sus salarios al ejercer como patronos gracias a la pervivencia del sistema de la *kafala* o patrocinio, del que hablaremos más adelante en detalle.

A decir verdad, los británicos se abstentaban de interferir en los asuntos privados de los jeques del Golfo siempre que sus intereses económicos y su flota mercante no corrieran peligro. A los patronos de los barcos y los mercaderes locales tampoco les convenía prescindir de esta mano de obra, porque no siempre los miembros de las tribus locales estaban disponibles durante las estaciones de buceo. Además, los ingresos no estaban asegurados en un negocio tan incierto como este y, con cierta frecuencia, aquellos tenían grandes dificultades para hacer frente al pago de los asalariados.

Siguiendo con su línea de mantener vivas las tradiciones y la memoria colectiva del pasado, las autoridades qataríes abrieron en 2015 un museo único en su género en la región, consagrado por entero al pasado esclavista del emirato. Se habilitó en la casa de un traficante llamado Ibn Yal mud,

cuyas instalaciones fueron utilizadas hasta bien entrado el siglo xx para la compra y venta de seres humanos. Lo más llamativo, además de la declarada intención de recordar a los ciudadanos qataríes una «página poco edificante» de la historia nacional, con paneles donde aparecen lemas del tipo «Juro que a partir de ahora seré más consciente», es que también se incluyen referencias a la «nueva situación de explotación que sufren los trabajadores extranjeros». Por ello, no faltan las alusiones al régimen de la *kafala*. Ningún otro Estado del Golfo ha realizado más esfuerzos, impelido por la urgencia del Mundial de 2022 y por las críticas internacionales recibidas, por aliviar las leyes laborales, tal y como ha reconocido la propia Organización Internacional del Trabajo (OIT) en sus informes más recientes. Sin embargo, las acusaciones de explotación y violación sistemática de los derechos laborales siguen empañando su imagen internacional.

El tráfico de esclavos ha dejado una fuerte impronta en la sociedad local, ya que además del buceo trabajaban en el servicio doméstico, el cuidado de los rebaños de camellos o el mantenimiento de los escasos palmerales de dátiles. La afluencia de esclavos y mercaderes se aprecia en los usos, las costumbres e, incluso, en el vocabulario actuales. Más de un qatarí de avanzada edad nos ha contado cómo, en la niñez, oía hablar con naturalidad suajili, urdu o hindi, idiomas que han aportado un buen número de palabras al habla local. Hoy, gracias a la bonanza de los hidrocarburos, resulta más probable oír en cualquier parte de Doha una conversación en inglés, nepalí o cingalés que en árabe.